

COLECCIÓN VIRTUS

**MI PECADO INSOPORTABLE  
(Gn 4,13)**

**EDUCAR EL SENTIDO DE CULPA,  
EL REMORDIMIENTO  
Y EL PERDÓN**

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



EDIVE

*San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2016*

Imprimatur  
R.P. Gabriel Osvaldo Zapata, I.V.E.  
Superior Provincial

Fuentes, Miguel Ángel

Educación el sentido de culpa / Miguel Ángel Fuentes. - 1a ed. - San Rafael : Del Verbo Encarnado, 2016.

24 p. ; 21 x 15 cm. - (Virtus ; 23)

ISBN 978-987-9438-60-2

1. Espiritualidad Cristiana. I. Título.

CDD 248.4

Fecha de catalogación: 28/09/2016

Primera Edición – 1.000 ejemplares

© 2016 – Ediciones del Verbo Encarnado  
El Chañaral 2699 – CC 376  
(5600) San Rafael – Mendoza  
Argentina

Tel. +54 (0)0260 – 4430451  
info@edicionesive.com  
www.edicionesive.com  
www.iveargentina.org

## Un ejemplo notable

Manzoni nos dejó una magnífica descripción de la complicada crisis que se desata en el hombre atenazado por los remordimientos y los sentimientos de culpabilidad. Permítasenos transcribir in extenso el pasaje, en que nos presenta a uno de sus más célebres personajes, el “Innominato”, es decir, el “Caballero sin Nombre”<sup>1</sup>.

“Hacía ya algún tiempo que *sus fechorías le causaban, si no remordimientos, al menos cierta desazón importuna*. Las muchas que conservaba aglomeradas en su memoria, más bien que en su conciencia, se le presentaban vivamente al cometer una nueva maldad, pareciéndole harto incómodo su recuerdo, y abrumándolo su excesivo número, como si cada una agravase sobre su corazón el peso de las anteriores. Empezaba ya a sentir otra vez aquella repugnancia que experimentó al cometer los primeros delitos, y que vencida después, había dejado de importunarlo por espacio de muchos años. Pero si en los primeros tiempos la idea de un porvenir indefinido y de una vida larga y vigorosa llenaban su ánimo de una confianza irreflexiva, ahora por el contrario, la

---

<sup>1</sup> Se trata de un poderoso bandido a quien el infame don Rodrigo encarga que secuestre a Lucía, refugiada en el convento de Monza (*Los novios*, cap. XVIII-XX). Su crisis moral, que había comenzado tiempo atrás en forma de una amarga desazón de la vida que lo llevaba, de tanto en tanto al borde de impulsos suicidas, llega a su cresta al conocer a la inocente Lucía. Manzoni jamás menciona su nombre, designándolo en todo momento con el término que pasará a la historia de la literatura como su caracterización: el “Innominato”. Es bien sabido, sin embargo, que su figura se inspira en Francesco Bernardino Visconti, conocido bandolero, que vivió entre los siglos XVI y XVII, quien pasó a la historia por su vida turbulenta y criminal y, sobre todo, por haber retornado a la vida de gracia por obra del cardenal Federico Borromeo, tal como relata el texto de Manzoni. Éste confirmó tal identificación en una carta a Cesare Cantù, en la que alude al feudatario de Brignano Ghiaradadda como el personaje de la novela

consideración de lo futuro era la que le presentaba más desagradable lo pasado. ¡Envejecer!... ¡Morir!... ¿Y luego? ¡Cosa admirable! La imagen de la muerte, que en un peligro inmediato, delante de un enemigo, aumentaba el ánimo de aquel hombre, añadiendo el valor a la ira, la misma imagen ofreciéndosele durante el silencio de la noche, en la seguridad de su castillo, le causaba una extraordinaria consternación, porque no era un riesgo que provenía de otro hombre también mortal, ni una muerte que pudiera repelerse con mejores armas y brazos más vigorosos, sino que venía por sí sola, estaba dentro de sí mismo, y aun cuando tal vez se hallase lejana, se acercaba por momentos paso a paso: y cuanto más se esforzaba la imaginación por alejarla, se aproximaba más y más cada día. En los primeros años, los ejemplares sobrado frecuentes, y el espectáculo incesante digámoslo así, de violencias, venganzas y asesinatos, inspirándole una atroz emulación, le servían al mismo tiempo de disculpa, y aun de autoridad *para adormecer los clamores de su conciencia*; pero ahora se despertaba en él de cuando en cuando la idea confusa, aunque terrible, de un juicio individual y de una razón independiente del ejemplo. Por otra parte, el haberse distinguido de la turba de los malhechores, siendo solo en su especie, excitaba en su espíritu la idea de *un espantoso aislamiento*. Representábasele también la idea de Dios, *aquel Dios de quien desde tiempo muy antiguo no pensaba ni en negar ni en reconocer, ocupado únicamente en vivir como si no existiera*. Y ahora en ciertas ocasiones de abatimiento, sin causa de terror conocido, sin fundamento, le parecía que en su interior le gritaba: *Yo existo*. En el fervor juvenil de sus pasiones, la ley que había oído anunciar a nombre de ese mismo Dios, la hubiera juzgado aborrecible; pero ahora, cuando la memoria se la recordaba, su razón la admitía, a pesar suyo, como cosa practicable y aun obligatoria. Sin embargo, lejos de traslucir ni en obras ni en palabras algo de esta nueva inquietud, *la ocultaba cuidadosamente, y disfrazándola con las apariencias de una más intensa y profunda ferocidad, trataba por este medio de ocultársela a sí mismo o de disiparla*. Envidiando (ya que no le era dado aniquilarlos ni olvidarlos) *aquellos tiempos en que solía cometer maldades sin remordimientos*, y sin más cuidado que el de su feliz éxito, hacía los mayores esfuerzos

a fin de que volviesen, y de robustecer de nuevo aquella antigua voluntad resuelta, orgullosa, imperturbable, persuadiéndose a sí mismo que era todavía el hombre de entonces”.

En estos trazos, un tanto recargados, según el gusto del tiempo –y el estilo– manzoniano, se conjugan el sentido del pecado, la conciencia obtusa, el desasosiego de los crímenes pasados y la angustia moral... Nos viene, pues, como anillo al dedo para introducir los temas que quiero considerar en estas páginas.

Llamamos “sentido del pecado” al juicio de la conciencia por el cual juzgamos como ofensa a Dios los actos que se oponen a la ley moral; el “sentimiento de culpabilidad” es, en cambio, el pesar que nos acomete al reconocernos autores de tal transgresión; este último se presenta, a menudo, como *mordimiento* de conciencia (que llamamos “re-mordimiento” para subrayar que es un continuo morder interior).

La conciencia es un juicio de la razón por el que aplicamos nuestro conocimiento moral a los actos particulares. Nos acompaña a lo largo de todo nuestro obrar propiamente humano, mostrándonos la bondad o malicia de los actos que se nos presentan como posibles realizaciones (es decir, nuestros planes, proyectos, tentaciones, deseos) y dictamina la exigencia de realizar algunos de ellos (o sea, su obligatoriedad), o, por el contrario, la necesidad de abstenernos por razones morales (su interdicción). A esta conciencia se la denomina “antecedente”, porque mira a los actos futuros. Cuando la conciencia es testigo de lo que hacemos la llamamos “concomitante”. Y le damos el calificativo de “consiguiente” cuando enjuicia los actos ya realizados, sea que nos tranquilice y nos apruebe; o bien nos reprenda por haber actuado mal.



## I. EL SENTIDO DEL PECADO

El “sentido del pecado” es la sensibilidad ante el pecado, es decir, la adecuada percepción del pecado. Debe darse en los tres momentos de la conciencia anteriormente señalados: en la conciencia concomitante, como reproche de lo que estamos realizando (supuesto que sea algo objetivamente desordenado); en la consiguiente como tormento por el mal cometido; y también en la conciencia antecedente, como malestar espiritual, si estamos analizando la posibilidad de realizar acciones reprochables.

Tanto el sentido del pecado como el sentido de la culpabilidad admiten diversos grados, según el tipo de conciencia:

1º Hay quienes tienen una percepción clara del pecado, de su gravedad, de sus consecuencias; y, consecuentemente, tienen un sentimiento normal, realista, de su responsabilidad y culpabilidad. En moral se denomina este tipo de conciencia como “delicada”, en el sentido de fina, atenta.

2º Otros parecen ciegos ante la realidad del pecado; consecuentemente padecen cierta insensibilidad ante sus faltas y crímenes. Se dice, así, que tienen conciencia “cauterizada”. Es el caso de muchos que se han habituado y se aferran pertinazmente a sus pecados.

3º Algunos, por el contrario, sufren con una conciencia escrupulosa y angustiada; algunas veces por faltas que en realidad no existen; otras por considerar algunos pecados más graves de cuanto son realmente.

4º Finalmente, no faltan los apestados de conciencia “farisaica”. Esta es aquella que se turba ante actos objetivamente insignificantes del prójimo, mientras hacen la vista gorda a sus propios pecados, que

son, a veces, auténticos crímenes. El calificativo se deriva de la actitud de fariseos del Evangelio respecto de Cristo: se escandalizaban de que Nuestro Señor transgrediera el descanso sabático para curar enfermos, pero no tenían ningún reparo en tejer intrigas y calumnias para lograr que Pilato lo condenara a muerte.

En la génesis de las diversas modalidades de conciencia y del sentido de culpabilidad juegan importantes factores (que, de todos modos, no llegan a condicionar el juicio moral de la persona): la cultura reinante, la educación, la formación religiosa, los hábitos –buenos o malos– contraídos voluntariamente.

Un correcto sentido del pecado manifiesta, en cierta medida, nuestro “sentido de la realidad”, porque expresa que vemos las cosas tal como son; en este caso, los actos deformes como deformes. Podemos hallar una cierta analogía con el sentido del humor: nos causa hilaridad lo que resulta extravagante o fuera de lugar, lo ridículo; lo cual supone que poseemos ciertos parámetros de la realidad, respecto de los cuales tal o cual cosa resulta desproporcionada. Así, una nariz demasiado grande o excesivamente pequeña nos causa gracia porque pone una nota de desarmonía en el rostro de su dueño. Semejantemente, el sentido del pecado se da en quien es capaz de percibir que una acción desfigura la norma moral (no ya estética, como en el caso del humor) con cuya medida debería corresponderse. Así, cuando una persona normal se “siente sucia” por tratar injustamente a un inocente manifiesta que interiormente percibe que debería tratarlo de un modo diverso, con respeto por su persona.

Se dice, incluso, que esta conciencia moral tiene una base fisiológica (algunos psiquiatras hablan de “conciencia biológica”)<sup>2</sup>. Según esto, nuestro cuerpo respondería con cierto “bienestar” cuando es usado según sus fines propios, mientras que produce una depresión incluso biológica cuando es usado contra su propia naturaleza, por

---

<sup>2</sup> Cf. Leo Elders, *Le sentiment de culpabilité d'après la psychologie, la littérature et la philosophie moderne*, Cahiers de la Faculté libre de Philosophie Comparée, 13 de mayo de 1986, 220-221



ejemplo, cuando se practica la anticoncepción, o en los intentos de suicidio, y especialmente en el aborto<sup>3</sup>.

Ahora bien, como la conciencia moral se limita a manifestar una norma superior a ella resulta ser el portavoz de esa norma (ley natural o ley positiva) y de su autor. Como el autor de la ley natural y de la ley divina positiva es Dios, la conciencia es la voz de Dios. “La conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo”, escribía John Henry Newman al duque de Norfolk<sup>4</sup>.

Lamentablemente, el hombre moderno se caracteriza por haber perdido el sentido del pecado. Lo señalaba a mediados del siglo pasado el Papa Pío XII: “El pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado”<sup>5</sup>. Juan Pablo II dejó escrito que el hombre contemporáneo vive “bajo la amenaza de un eclipse de la conciencia, de una deformación de la conciencia, de un entorpecimiento o de una anestesia de la conciencia”<sup>6</sup>.

La causa hay que buscarla en la pérdida del *sentido de Dios*, es decir, en “la progresiva ofuscación de la capacidad de percibir la presencia vivificante y salvadora de Dios”<sup>7</sup>. Perdido el sentido de Dios,

---

<sup>3</sup> Cito el testimonio del psiquiatra Karl Stern: “No pocas veces vemos que en los casos en que una mujer comete un aborto artificial, digamos en el tercer mes de la gestación, este acto parece no tener consecuencias psicológicas. Sin embargo, seis meses después, precisamente cuando el bebé habría debido venir al mundo, el sujeto cae víctima de grave depresión o incluso de psicosis. Ahora bien, acerca de esto se observan dos circunstancias curiosas. La depresión se produce aun sin que la mujer se dé cuenta conscientemente de que ‘ahora es el momento en que habría debido nacer mi bebé’. Además, la filosofía de la paciente no es necesariamente tal que ella desaprobe el acto de interrupción del embarazo. Sin embargo, su profunda *reacción de pérdida* (que no va necesariamente unida con una preocupación consciente por el parto fallido) coincide con el tiempo en que éste hubiera tenido lugar... La mujer, en su íntimo ser, está profundamente vinculada al *bios*, a la naturaleza misma” (Citado por Häring, *Shalom: Paz*, Herder, Barcelona 1975, 213). Cf. Miguel Angel Fuentes, *¿Existe un “Síndrome post-aborto”?*, Rev. *Diálogo* 20, 1998, 135-145.

<sup>4</sup> Newman, J.H., *Carta al Duque de Norfolk*, año 1874, 5.

<sup>5</sup> Pío XII, Radiomensaje al Congreso Catequístico Nacional de los Estados Unidos en Boston, 26/X/46.

<sup>6</sup> Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, 18.

<sup>7</sup> Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 21.

la sensibilidad ante la ofensa de Dios se amortigua y pierde –valga la redundancia– “sentido”. Las responsabilidades de este oscurecimiento pesan tanto sobre las ideologías de los últimos siglos (psicologismo, sociologismo, historicismo ético, antropologismo cultural, etc.), cuanto sobre algunas desviaciones eclesiales, como por ejemplo: el combatir la exageración de ver pecado en todo con la exageración de no verlo en ninguna parte, el predicar un amor o una misericordia de Dios incompatible con el castigo del pecado, el hablar de un respeto por la conciencia que suprimiría el deber de decir la verdad, el ofuscar el sentido y el valor del sacramento de la confesión o darle sólo un significado comunitario<sup>8</sup>. Y, sobre todo, por negar que cada uno sea realmente capaz de conocer su realidad pecadora. Karl Rahner afirmó: “Jamás sabemos con última seguridad si somos realmente pecadores”<sup>9</sup>. El Espíritu Santo, por boca de san Juan, dice lo contrario: “Si decimos ‘no tenemos pecado’, la verdad no está en nosotros” (1Jn 1,8).

Es, ésta, una cadena que amenaza con atenazar al hombre: la violación sistemática de la ley moral amortigua la percepción de Dios (autor de la ley moral); la disminución del sentido de Dios apaga el sentido del pecado y por causa de esto las violaciones se hacen cada vez más crueles e insensibles. “Cuando se pierde el sentido de Dios, dijo san Juan Pablo II, también el sentido del hombre queda amenazado y contaminado... La criatura sin el Creador desaparece... Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida”<sup>10</sup>. Y también: “Una vez excluida la referencia a Dios, no sorprende que el sentido de todas las cosas resulte profundamente deformado... En realidad, viviendo ‘como si Dios no existiera’, el hombre pierde no sólo el misterio de Dios, sino también el del mundo y el de su propio ser”<sup>11</sup>. Y explica su aserto con estas palabras: “El eclipse del sentido de Dios y del hombre conduce inevitablemente al materialismo práctico, en el que proliferan el individualismo, el utilitarismo y el

---

<sup>8</sup> Cf. Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, 18, in fine.

<sup>9</sup> Rahner, Karl, *Corso fondamentale sulla fede*, Paoline, Alba 1977, p. 145.

<sup>10</sup> Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 22; cita a GS, 36.

<sup>11</sup> Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 22.

hedonismo...”<sup>12</sup>. “Si Dios no existe, todo está permitido”, dice el ateo Ivan Karamazov, de Dostoievski<sup>13</sup>. Pero el Papa advierte seriamente: “El hombre puede construir un mundo sin Dios, pero este mundo acabará por volverse contra el hombre”<sup>14</sup>.

Esta pérdida del sentido del pecado engendra lo que hoy se denomina “cultura de la muerte”. “Lamentablemente una gran parte de la sociedad actual se asemeja a la que Pablo describe en la carta a los Romanos; está formada «de hombres que aprisionan la verdad en la injusticia» (Rm 1,18): habiendo renegado de Dios y creyendo poder construir la ciudad terrena sin necesidad de Él, «se ofuscaron en sus razonamientos de modo que su insensato corazón se entenebreció» (1,21); «jactándose de sabios se volvieron estúpidos» (1,22), se hicieron autores de obras dignas de muerte y «no solamente las practican sino que aprueban a los que las cometen» (1,32). Cuando la conciencia, este luminoso ojo del alma (cf. Mt 6,22-23), llama «al mal bien y al bien mal» (Is 5,20), camina ya hacia su degradación más inquietante y hacia la más tenebrosa ceguera moral”<sup>15</sup>.

En otro documento el mismo pontífice –honor de los moralistas del siglo XX– ha escrito: “La pérdida del sentido del pecado es una forma o fruto de la negación de Dios: no sólo de la atea, sino además de la secularista... Pecar no es solamente negar a Dios; pecar es también vivir como si Él no existiera, es borrarlo de la propia existencia diaria”<sup>16</sup>.

Sin embargo, “no se puede eliminar completamente el sentido de Dios ni apagar la conciencia, [así] tampoco se borra jamás com-

---

<sup>12</sup> Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 23. El texto continúa: “La sexualidad se despersonaliza e instrumentaliza... La procreación se convierte en el enemigo a evitar en la práctica de la sexualidad... Las relaciones interpersonales experimentan un grave empobrecimiento. Los primeros que sufren sus consecuencias negativas son la mujer, el niño, el enfermo o el que sufre y el anciano... Es la supremacía del más fuerte sobre el más débil”.

<sup>13</sup> Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*, 4ª parte, libro 11, cap. 9.

<sup>14</sup> Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, 18.

<sup>15</sup> Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 24.

<sup>16</sup> Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, 18.

pletamente el sentido del pecado”<sup>17</sup>. Si no se puede borrar totalmente el sentido de Dios, entonces éste se hace presente de otra manera: el hombre se siente *huérfano* de un Dios que no percibe por sus pecados; o bien lo mira como al *enemigo* de su conciencia pecadora, es decir, pasa a tener un “sentido amenazador” de la Justicia divina.

---

<sup>17</sup> Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, 18.

## II. EL SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD Y EL REMORDIMIENTO DE LA CONCIENCIA

Sentimiento de culpabilidad consiste en tener conciencia de que ha sido quebrado el orden moral y de que el responsable de tal quiebre soy yo. El remordimiento es el pesar y la angustia que acompañan ordinariamente tal conciencia y recuerdo. Macbeth declama entre angustias que “nuestros actos son lecciones sanguinarias que, una vez aprendidas, vuelven a atormentar a quien las ha inventado. Y una justicia imperturbable acerca a nuestros labios, una vez y otra, la mezcla emponzoñada de nuestro propio cáliz”<sup>18</sup>. Puede manifestarse como dolor, intranquilidad o angustia por lo sucedido. No tanto por las consecuencias que podrían seguirse cuanto por el hecho mismo de lo acaecido a raíz de nuestras libres decisiones. El remordimiento o sentimiento de culpabilidad es una realidad a la que toda persona se enfrenta. Signo indubitable es el que se hayan visto obligados a buscarle una explicación incluso quienes se ironizan el pecado, descreen de la validez de las normas morales, y se desentiende de Dios y de sus leyes. Por ejemplo, Freud, Marx y todas las escuelas filosóficas y psicoanalistas ateas.

Si hemos dicho que la conciencia es la voz de Dios, debemos añadir que el remordimiento es, de algún modo, un llamamiento de Dios al pecador: una gracia iluminativa, cuya privación en las conciencias cauterizadas (que dicen no sentir remordimiento) es ya un temible castigo. “En las personas que van de pecado mortal en pecado mortal –enseñaba San Ignacio– ... el buen espíritu usa... punzarles y remorderles las conciencias por la sindéresis de la razón”<sup>19</sup>. Tal reclamo tiene algo de trágico pero también mucho de misericordioso, como

---

<sup>18</sup> Shakespeare, *Macbeth*, I, 7.

<sup>19</sup> San Ignacio de Loyola, Ejercicios Espirituales, 314.

se manifiesta en algunos episodios bíblicos. Caín después de matar a Abel exclama: «Grande e insoportable es mi pecado» (Gn 4,3-16); y Judas grita en su desesperación estéril: «Pequé entregando sangre inocente» (Mt 27,3-10). “No hay cosa que más apesgue [= *agobie*] el alma –predica San Juan de Ávila– que tener un pecado en el ánima, agravada la conciencia con remordimiento, y con sentimiento, que te digas tú a ti mismo, viéndote perdido por el pecado: ¡Oh pecador! Malo vas, infierno tienes, perdido te has; justicia tiene Dios, que te condenará por lo que has hecho contra Él. ¿Cómo te puedes sufrir a ti mismo? ¿Cómo cabes en ti? ¿Cómo no revientas?”<sup>20</sup>.

Pero no todos los que se agitan por los remordimientos los experimentan del mismo modo. Para algunos es el primer paso hacia un arrepentimiento que concluye en conversión. Es el remordimiento fructuoso que Jesús describe en la figura del “hijo pródigo” (Lc 15,11-32). Para otros es motivo de una desesperación que puede concluir, incluso, en el suicidio<sup>21</sup>. Con exactitud señalaba Newman: “Remordimiento no es arrepentimiento”<sup>22</sup>. El remordimiento no acompañado de la humildad puede afirmar la voluntad del pecador en el orgullo del pecado, resultando estéril y, a la postre, gravando la situación. Pero para quien reconoce humildemente su propia responsabilidad, es el primer tranco hacia la contrición.

El sentimiento de culpabilidad puede ser, pues, proporcionado al acto del pecado (sentimiento “justo”) o desproporcionado al acto. El sentimiento normal de culpabilidad brota únicamente del pecado personal y ayuda al sujeto a ser perfectamente consciente de su pecado y a dolerse de su acción; de modo consecuente, le ayuda a arrepentirse (pasado), purificarse mediante la confesión (presente) y enmendarse y cambiar de vida (futuro). Dice Fulton Sheen: “Una conciencia inquieta y con remordimientos, que no ha matado aún la voz de Dios siempre, al igual que David, tiene dentro un signo de vida. Hay esperanza para cualquiera, sin tener en cuenta cuán mal-

<sup>20</sup> San Juan de Ávila, *Sermones*, B.A.C., t. II, Madrid 1970, p. 149.

<sup>21</sup> ¿Fue el caso, por ejemplo, de nuestro Lugones? Así han pensado algunos escritores. Por ejemplo, Castellani; Caturelli (*El itinerario espiritual de Leopoldo Lugones*, Paraná, 1981).

<sup>22</sup> Newman, J.H, *Oxford University Sermons*, Sermon III, 1.

vado pueda ser, siempre que todavía odie su mal. Lo peor que hay en el mundo no es el pecado, sino la negación de éste que hace la falsa conciencia. Porque tal actitud hace que el perdón sea imposible. El pecado imperdonable es la negación del pecado. Pero hasta llegar a esa etapa desdichada —a pesar del fracaso de los falsos comienzos, de los breves respiros de tiempo entre las recaídas— en tanto exista un verdadero remordimiento, la voz de Dios aún se oye, y ninguno de estos casos es irremediable. Es posible que esta alma esté muerta al amor divino, pero en sus momentos de agitación no está muerta para el temor divino, y eso puede provocar su vuelta a la vida consciente”.

Este sentimiento, por ser normal, desaparece al extinguirse la culpa con el perdón sacramental, aunque puede perdurar el dolor intenso de la ofensa hecha a Dios. Puede sentirse la culpa real y normal, aun angustiosamente, cuando el amor a Dios es grande y lo fue también la falta; pero, obtenido el perdón, la posible angustia de la culpa tiende a desaparecer.

No ocurre lo mismo con el sentimiento anormal. Como tal admite dos variantes<sup>23</sup>. La primera es el *sentimiento exagerado de culpabilidad*, que puede proceder de una falta real cuyo remordimiento perdura largamente después de haber sido perdonado el pecado, o también de faltas inexistentes. Se trata de un remordimiento amargo, que hunde muchas veces a la persona en estados auténticamente depresivos. Podemos encontrar aquí lo que algunos llaman “*hipermoralismo*”, es decir, la exacerbación de los sentimientos morales del deber, de la culpabilidad y del remordimiento; y el “*dismoralismo*”: una exacerbación más aguda que la anterior pero transportada a una zona no ética (es una conciencia de la culpabilidad o del deber con ocasión de hechos que de suyo carecen de carácter moral; es el caso típico de los escrúpulos enfermizos)<sup>24</sup>.

Encontramos rasgos de sentimientos enfermizos en gran parte de la literatura contemporánea afectada de cierto morbo existencialista. Ejemplos tenemos en Kafka para quien el hombre es prisionero de

<sup>23</sup> Cf. Bless, *Pastoral psiquiátrica*, Ed. Razón y Fe, Madrid 1966, p. 133-135.

<sup>24</sup> Roldan, Alejandro, S.J. *La conciencia moral*, Razón y Fe, Madrid 1966, pp. 240-241.

sus pecados, o en Graham Green quien, dominado por una verdadera obsesión por el mal, hace proclamar a uno de sus personajes que ni siquiera entre los niños hallamos inocentes. Jean Guilton ha hecho notar a este respecto que así como hacia 1880 la opinión de los literatos podría resumirse en la fórmula “incluso los culpables son inocentes”, en torno a la mitad del siglo XX el resultado sería: “hasta los inocentes son culpables”. Este sentimiento, especialmente si se trata de pecados no perdonados por la confesión sacramental, cuando no procede de un natural enfermizo, puede, sin embargo, provocar un estado enfermizo; al menos es terreno fértil de enfermedades psíquicas. Estas personas se sienten perseguidas por la ansiedad, viven en constante tensión y pueden llegar a una especie de locura persecutoria. Shakespeare bosquejó la silueta de este sentimiento en la figura de Lady Macbeth atormentada por sus crímenes sangrientos: “La mancha sigue aquí –exclama entre sueños y sonambulismo mirando sus manos–. ¡Aléjate, mancha maldita! ¡Fuera, he dicho!... ¡Cómo! ¿Es que nunca van a estar limpias estas manos?... ¡Hasta aquí llega el hedor de sangre! ¡Todos los aromas de Arabia no podrían perfumar mis manos!”. Su esposo, viendo la locura adueñarse rápidamente de su consorte, increpa al médico: “¡Cúrala [de sus visiones nocturnas]! ¿Es que no puedes aliviar a un espíritu enfermo, arrancar los pesares arraigados en la memoria, borrar las inquietudes grabadas en el cerebro y, con dulce antídoto de olvido, vaciar el pecho de materia peligrosa que pesa sobre el corazón?”. Pero su galeno se limita a afirmar: “Más que de médico, está necesitada de un sacerdote”<sup>25</sup>.

A veces toma la forma patológica de *angustia existencial*. Hallamos un ejemplo en la descripción que algunos de sus íntimos nos han dejado de Martín Lutero. Melanchton, por ejemplo, cuenta que el reformador frecuentemente era víctima de “ataques angustiosos”. “Él mismo –dice su seguidor y ayudante– me ha contado, y muchas personas saben, que estos terrores le sobrecogían muy a menudo, cuando pensaba en la cólera de Dios o cuando recordaba ejemplos patentes de su justicia vengadora y ello con tal violencia que poníase a punto de morir”. Una vez, al oír en el coro del convento la lectura del evangelio del poseso, cayó convulsivamente gritando: “¡Yo no

---

<sup>25</sup> Shakespeare, *Macbeth*, V, esc. 2ª.



soy! ¡Yo no soy [poseso]!” Parece que tuvo frecuentes angustias por causa de la predestinación y una verdadera “manía del diablo” u obsesión diabólica<sup>26</sup>.

El sentimiento de culpabilidad puede ser, también, *demasiado débil*, como ocurre en personas de espíritu obtuso. En este caso, puede considerarse, dice Bless, “como fenómeno de degeneración” (se verifica, efectivamente, en muchos psicópatas criminales que toman una actitud de indiferencia cínica ante sus actos). Esta actitud se relaciona mucho con las personalidades psicóticas que presentan precisamente una frialdad afectiva muy típica. Son más o menos insensibles al dolor ajeno y aun al propio. El caso extremo es el perverso, quien carece de conmiseración y puede llegar a causar daño sólo para divertirse. “Hay personas que sin salirse de los parámetros de la normalidad, acusan una estructura de la personalidad en la que despuntan tendencias psicóticas; por ejemplo, ésta de la insensibilidad. Gente dura, sin vibración afectiva social (subrayamos ‘afectiva’ porque pueden ser superficialmente extrovertidos, sociales y divertidos). Dicho déficit afectivo influye, por supuesto, en la esfera moral”<sup>27</sup>. En este campo podemos encontrarnos con diversas desviaciones éticas como el “*amoralismo*”, que consiste en la carencia de sentimientos morales de culpabilidad, deber y remordimiento; el “*hipomoralismo*”, semejante al anterior, pero en tono rebajado; y el “*inmoralismo*”, que añade al amoralismo cierto egocentrismo exacerbado que puede conducir a acciones delictivas e incluso al crimen<sup>28</sup>. Los revolucionarios bolcheviques nos han dejado en sus personas notorias plasmaciones de estas inversiones morales. Trotsky declaró, en su libro *Su moral y la nuestra*, que “moral es todo lo que ayuda a la revolución, e, inmoral, todo lo que la combate”. Todas las puertas a la desvergüenza infernal y a la más despiadada insensibilidad quedan abiertas con esta sola frase. A su misma altura se colocaba Kursky proclamando: “El tribunal no debe eliminar el terror, antes

---

<sup>26</sup> Cf. todos estos datos de H. Grisar, *Martín Lutero (Su vida y su obra)*, Madrid 1934; citados en Roldán, Alejandro, *op.cit.*, pp. 259-260, en nota.

<sup>27</sup> Pithod, Abelardo, *El alma y su cuerpo*, Grupo Editores Latinoamericanos, Bs. As. 1994, p. 300.

<sup>28</sup> Cf. Roldán, Alejandro, *op.cit.*, pp. 240-241.

bien, debe establecerlo y reglamentarlo por principio, con claridad y sin adornos”. De la fría monstruosidad de Stalin es imposible dar cuenta en una escueta sentencia. No creo exagerar demasiado limitándome a decir que su conciencia alcanzó un infernal vaciamiento de principios y emociones.

Este sentimiento débil de culpabilidad es hoy *culturalmente masivo*; y caracteriza la “cultura de la muerte” que ha terminado por imponerse, o está en trámite de lograrlo. Ésta, por lógica interna y para mantenerse, necesita crear una conciencia común que se ajuste a sus principios; la cual no puede ser diversa de una conciencia “cauterizada”. Tal conciencia se manifiesta y se alimenta en la sistemática violación de la ley moral respecto de los valores más fundamentales y sagrados, como, por ejemplo, la vida humana en sus estadios más inocentes y desamparados.

Hay que tener en cuenta la necesaria interacción entre factores psicológicos y morales: “lo que debe haberse producido en la generalidad de los casos de cegueras y sorderas [morales] es un proceso interactivo de factores psicológicos y morales. Una conciencia encalecida en el mal ya no percibe el bien”<sup>29</sup>. Aquí puede verificarse el efecto *feed-back* o “rulos de retro-alimentación”<sup>30</sup>, es decir: ante el horror natural que causa el cometer un grave delito, la conciencia trata de buscar justificativos o atenuantes para realizarlo; esta amortiguación del sentido moral que es resultado del esfuerzo psicológico por silenciar la voz de la conciencia va creando una psicología dura, que va progresivamente insensibilizándose, la cual va tornando al sujeto potencialmente capaz de cometer delitos cada vez más graves. Dostoevski lo esculpió con letras de oro en su más célebre personaje, Rodión Raskólnikov, en boca de quien pone esta sentencia –que hoy comparten más de los que suponemos–: “El respeto a la ética es el primer signo de impotencia”. Y también esto otro: “El hombre extraordinario tiene derecho por sí mismo a autorizar a su conciencia a franquear ciertos obstáculos, en el caso de exigirlo así la realidad de su idea, que en ocasiones puede ser útil a todo el género humano.

---

<sup>29</sup> Pithod. A., *op.cit.*, p. 302.

<sup>30</sup> Ibid.

A mi manera de ver, si los inventos de Kepler y Newton, a consecuencia de determinadas circunstancias, no hubieran podido darse a conocer más que por el sacrificio de una, de diez, de cientos, o de un número mayor de vidas que hubiesen constituido un obstáculo para tales descubrimientos. Newton habría tenido derecho, más aún, habría tenido la obligación de suprimir esos diez o esos cien hombres para que su descubrimiento llegaran al conocimiento del mundo”<sup>31</sup>. ¿Nos escandalizan tales razonamientos? Pero ¿acaso no piensan lo mismo –e incluso lo afirman– la mayoría de nuestros gobernantes, de los dueños de las finanzas y la elite del mundo científico? Condenamos al inmaduro Raskólnikov por decir lo arriba transcripto, pero colmamos de honores a quien dice: “Estoy de acuerdo con mi colega y amigo, partidario de *no declarar ‘vivos’ a los recién nacidos hasta los tres días después de su venida al mundo*, dando a los padres, durante este plazo, la posibilidad de evitar una vida llena de sufrimientos a un niño incurable”. Estas palabras no las inventó un escritor ruso obsesionado por sombras macabras; son del dr. James Watson, y avalan las declaraciones de su colega Francis Crick, ambos premiados con el Nobel de medicina y fisiología<sup>32</sup>.

Algo de luz arroja a este fenómeno la doctrina clásica de los hábitos. Los vicios corrompen en cierta medida la disposición de la voluntad respecto de su fin haciéndole tender connaturalmente a los fines malos. Esta tendencia hacia los fines viciosos es la base a partir de la cual el sujeto elabora sus juicios electivos proponiendo como máximamente elegible (es decir, bueno y conveniente para él; y hasta imperioso a veces) tal fin que, en realidad, es un mal con apariencias de bien. Los vicios, por tanto, terminan “condicionando” en cierta medida nuestros juicios apreciativos sobre la realidad. Esto no es más que la confirmación del dicho popular: “vive como piensas o terminarás pensando como vives”.

---

<sup>31</sup> Dostoievski, *Crimen y castigo*, tercera parte, V.

<sup>32</sup> Egmont R. Koch y W. Kessler, *¿Al fin un hombre nuevo?*, Plaza y Janés, 1979, 95. Evidentemente el premio Nobel no lo obtuvieron por decir esto, sino descubrir la estructura del ADN. Pero este es el nivel ético de muchos de los científicos más festejados de nuestro tiempo.

Pero así como dijimos antes que no puede perderse totalmente el sentido de Dios, tampoco se borra totalmente el sentimiento de culpabilidad. ¡Gracias a Dios!

De todos modos, surgirán inevitablemente quienes traten de explicarlo de manera que permita eludir la responsabilidad de los actos realizados. Freud, por ejemplo, lo reduce a un impulso interior inconsciente, puramente natural, cuyo origen confiesa desconocer; para él se trata de un miedo, una simple fobia sin contenido moral alguno y sin fundamento bien conocido. Algo así como un malestar estomacal después un guiso grasoso<sup>33</sup>. Para Sartre, el sentido de culpa es efecto de la mirada reprochadora de los demás sobre nuestros actos, confundiendo así el sentimiento de culpa con la vergüenza de verse descubiertos por el prójimo. Lutero consideraba que era una mala pasada de esa “mala bestia” que es nuestra conciencia, enemiga implacable que se esfuerza por convencernos de pecado. Para Marx es una alienación de la sociedad capitalista; mientras que Nietzsche lo confunde con una enfermedad contagiada por la sociedad (exigiendo a su “superhombre” que se mantenga lejos de toda moral, de toda regla, de todo escrúpulo y de toda sensibilidad ante el mal causado por sus propias acciones; estas fueron las lecturas que intoxicaron al pobre Rodión Raskólnikov). Y podríamos seguir la lista. Todos tienen en común la pretensión de diluir la realidad del pecado y solucionar

---

<sup>33</sup> Pío XII decía a los participantes del Vº Congreso de Psicoterapia y de Psicología Clínica (13 de abril de 1953): “Nadie discutirá que puede existir, y ello no raro, un sentimiento de culpabilidad irracional, hasta patológico. Pero se puede tener igualmente conciencia de una falta real que no ha sido borrada. Ni la psicología ni la ética poseen un criterio infalible para casos de este género, porque el proceso de conciencia que engendra la culpabilidad tiene una estructura demasiado personal y demasiado delicada. Pero en todo caso, es seguro que la culpabilidad real no se curará con ningún tratamiento puramente psicológico. Aun cuando el psicoterapeuta la niegue, puede ser que de muy buena fe, ella perdura. Aunque el sentimiento de culpabilidad sea alejado por intervención médica, por autosugestión o por persuasión de otro, la falta queda y la psicoterapia se engañaría y engañaría a los demás si, para borrar el sentimiento de culpabilidad, pretendiera que la falta no existe ya. El medio para eliminar la falta no depende de algo puramente psicológico; consiste, como todo cristiano lo sabe, en la contrición perfecta y la absolución sacramental del sacerdote” (López Medrano, Obiglio, y otros, *Pío XII y las Ciencias Médicas*, Ed. Guadalupe, Bs. As. 1961, p. 148-149).

los remordimientos con una “explicación-terapéutica”, sea apelando al historicismo, a la sociología, al psicoanálisis o al antropocentrismo cultural. A la postre obtienen idénticos resultados: fabricar un monstruo insensible ante el dolor ajeno, resentido y endurecido en sus vicios, apático ante su destino eterno, explotador de la debilidad ajena... en fin, creaturas de barro a las que han convencido de ser “semidioses paganos” y que, como tales, hacen su historia marcados por la tragedia de la profunda desesperación causada por el fracaso de los principios amorales que profesan... ¡Y pensar que una lágrima bien derramada puede purificar tanta miseria!



### III. EL SENTIDO DEL PERDÓN

La sana conciencia de la transgresión y el remordimiento posterior no serían una gracia de Dios si no llevaran a experimentar el misterio del perdón divino. “Sin duda... es grande el misterio de la piedad”, dice San Pablo (1Tm 3,15). Hay dos expresiones de San Juan que deben complementarse entre sí para que nuestra visión del pecado no reste tullida. La primera dice: “Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros” (1Jn 1,8); la segunda: “Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad” (1Jn 1,9). Y podemos añadir una tercera: “Si nuestro corazón nos reprocha algo, Dios es más grande que nuestro corazón” (1Jn 3,20).

El verdadero sentido del pecado, así como el sano remordimiento, deben llevarnos a reconocer nuestro pecado y a reconocernos pecadores (responsables de nuestros delitos); como exclama David: “Reconozco mi culpa, mi pecado está siempre ante mí; cometí la maldad que aborreces” (Sal 51,5ss). Jesús hace decir al hijo pródigo arrepentido: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti” (Lc 15,18.21). A muchos los ojos se les vuelven viscosos con el padre y se olvidan de meditar lo que suponen los gestos y palabras del hijo. “¡El padre es misericordioso porque acepta a su hijo incondicionalmente!” Me parece que no hemos leído bien, o quizá nos fijamos en lo que nos conviene. Si no le pone condiciones es porque *no hace falta*, puesto que el muchacho se acerca habiéndolas ya cumplido. Así decidió retratarlo Jesucristo. Pero si Jesús hubiera pintado al hijo pródigo volviendo a su casa con dos o tres de sus amiguitas, en dudosas relaciones con ellas, y con la intención de montar un casino de juegos en el taller del padre, Jesús hubiera puesto en boca de éste un par de condiciones más que sensatas... Y no por eso dejaríamos de considerarlo el *padre misericordioso* de la parábola. Porque es mise-

ricordia dejar que un hijo meta un cocodrilo en su cuna; ni es dureza de corazón exigirle que lo devuelva al pantano donde lo encontró.

Por eso, cuando el remordimiento viene de Dios, junto con él, Dios muestra el remedio, es decir la vía para borrar el pecado que lo causa.

Pero, eso sí, el remordimiento sano, aun pudiendo llegar a la angustia, no va contra la esperanza (al menos la esperanza informe); y el pecador sabe qué tiene que hacer para acabar con su estado y tormento. Sólo cuando rechaza esta luz sobrenatural se cierra totalmente sobre sí mismo. Pero Dios es infinitamente poderoso para borrar todos los pecados de los hombres y ofrece su perdón: “Así fueren vuestros pecados como la grana, cual la nieve blanquearán. Y así fueren rojos como el carmesí, cual la lana quedarán” (Is 1,18). Por boca de Ezequiel dice Dios: “¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado –oráculo del Señor Yahveh– y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?” (Ez 18,23). Y más adelante lo repite nuevamente: “Diles: Por mi vida, oráculo del Señor Yahveh, que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta de su conducta y viva. Convertíos, convertíos de vuestra mala conducta. ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?” (Ez 33,11).

El sentimiento de culpa equilibrado es el que pasa de la autocondenación por el mal cometido al arrepentimiento y del arrepentimiento al pedido sincero de perdón; es decir, el remordimiento auténtico es el que termina destruyendo el pecado y salvando al pecador.



## EPÍLOGO

En definitiva, podemos redondear lo dicho con esta expresión de san Juan Pablo II: “Restablecer el sentido justo del pecado es la primera manera de afrontar la grave crisis espiritual que afecta al hombre de nuestro tiempo. Pero el sentido del pecado se restablece únicamente con una clara llamada a los principios inderogables de la razón y de la fe que la doctrina moral de la Iglesia ha sostenido siempre”<sup>34</sup>.

No se podía decir más con menos palabras.

---

<sup>34</sup> Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, 18, in fine.



## ÍNDICE

Un ejemplo notable	3
I. El sentido del pecado	7
II. El sentimiento de culpabilidad y el remordimiento de la conciencia	13
III. El Sentido del Perdón	23



## COLECCIÓN VIRTUS

/1 EL EXAMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA  
INSTRUMENTO PARA EL TRABAJO ESPIRITUAL Y PARA  
LA CORRECCIÓN DE LOS DESÓRDENES AFECTIVOS

/2 CEGÓ SUS OJOS (JN 12,40)  
EL JUICIO PROPIO

/3 DUC IN ALTUM!  
ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD

/4 DE LOBOS A CORDEROS  
EDUCACIÓN Y GRACIA

/5 LAS IDEAS “SUBTERRÁNEAS” Y LA EDUCACIÓN  
PAUTAS PARA PADRES Y EDUCADORES

/6 LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE JESÚS DE NAZARET

/7 CRISIS DE PATERNIDAD  
EL PADRE AUSENTE

/8 NUESTROS MIEDOS

/9 EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO

/10 EL CAMINO DEL PERDÓN

/11 LAS ADICCIONES

UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA

/12 NATURALEZA Y EDUCACIÓN DE LA HUMILDAD

TRES ENSAYOS SOBRE LA HUMILDAD

/13 LA MADUREZ SEGÚN JESUCRISTO

EL HOMBRE A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA

/14 MEDITACIONES SOBRE DIOS PADRE

/15 LA SUPERFICIALIDAD

/16 ¡QUIERO!

EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

/17 CONFIAD SIEMPRE EN DIOS (SALMO 62,9)

PSICOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DE LA CONFIANZA

/18 MADURACIÓN DE LA PERSONALIDAD

/19 PORNOGRAFÍA Y PORNOPATÍA

RADIOGRAFÍA DE UN CÁNCER SOCIAL CONTEMPORÁNEO

/20 LA ACEDIA

APUNTES PSICOLÓGICOS Y ESPIRITUALES DEL “MAL DEL DESENCANTO”

/21 CUANDO LA SEXUALIDAD DUELE Y HUMILLA

DIFICULTADES PASTORALES RELACIONADAS CON LA CASTIDAD  
(ESCLAVITUD, ABUSO SEXUAL, MASTURBACIÓN)

/22 ELOGIO DE LA MUJER FUERTE





**Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de  
Alba Impresores  
7 de octubre de 2016  
Fiesta de Nuestra Señora del Rosario**

**EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO  
El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600)  
San Rafael – Mendoza – Argentina  
Tel: (0260) 4430451  
[www.edicionesive.com](http://www.edicionesive.com)  
[info@edicionesive.com](mailto:info@edicionesive.com)**